

Arte del franquismo. La gloria del Imperio y el rechazo al arte abstracto judaizante, Masónico y comunista.

Begoña Fernández Cabaleiro

Correo electrónico: bf.cabaleiro@uam.es

Institución: Universidad Autónoma de Madrid

Mesa: Memoria del pasado

En la España victoriosa de Franco, desde los sectores claramente opuestos al arte abstracto ésta era la calificación fundamental de desprecio y rechazo a este tipo de arte: judaizante, masónico y comunista, términos que no son arbitrarios sino que tienen una profunda explicación en el desarrollo y evolución del pensamiento político, cultural y artístico español del franquismo.

Terminada la Guerra Civil se define al nuevo Estado Español como una dictadura rigurosa decidida a llevar a cabo una contrarrevolución política y cultural. Esto suponía eliminar cualquier signo de oposición y establecer un dominio firme del bando vencedor.

El soporte artístico debía constituirlo otra España, una España vinculada a la Alemania bélica que se acentúa cuando Alemania conquistó Francia entre mayo y junio de 1940. España podría formar parte del nuevo orden victorioso y llegar al "imperio", término utilizado con cautela y en términos poco agresivos, pero que siempre había estado presente en el pensamiento falangista.

Los años cuarenta trajeron consigo una vuelta a muchos aspectos de la vida religiosa. Se reconstruyeron muchos edificios relacionados con la religión y se elevaron los índices relacionados con la práctica de la misma. En 1942 estaban en pleno apogeo las "misiones populares" dedicadas a la cristianización masiva, que seguirían funcionando durante más de una década. Se trataba de restaurar la España tradicional católica. Por una parte, se difundió el carácter de "cruzada" tanto de la Guerra desde el bando nacional, como del conjunto de las acciones de los victoriosos. Por otra, se buscó la resacralización de la vida española.

Así pues, finalizada la guerra civil, como orientación de todas las manifestaciones culturales y artísticas se planteó el ejercicio de un control que permitiese promover todos los valores considerados básicos y principales. Había que crear una nueva cultura adecuada a la ideología del régimen vencedor. Para elaborar las pautas por las que la vida artística y cultural debía discurrir se acudió a una herencia histórica de la que extraer aquellos aspectos considerados más adecuados. Edad Media, Barroco y Contrarreforma, historicismos y clasicismos reavivados en el siglo XIX: el neoclasicismo de Villanueva, continuador de la línea artística de Herrera.

El Estado ejercerá un importante papel rector y junto a él la Iglesia, la defensa de un catolicismo a ultranza, cargado de estrictas pautas morales y de conducta que sirven para configurar el orden deseado para la nueva sociedad y que no suele ir acompañado de una fundamentación teórica profunda ni de la posibilidad de una elección libre del mismo. La vanguardia, por otra parte, es rechazada. Arte de sistemas democráticos, subjetivos, libertarios; expresión de todo tipo de desórdenes. Se plantea la realización de un arte figurativo, de fácil comprensión, transmisor de mensajes claros, con contenido histórico-patriótico y moral.

Desde los sectores que claramente se oponían al arte abstracto ésta era la calificación fundamental de desprecio y rechazo a este tipo de arte: judaizante, masónico y comunista.

Un arte masónico y comunista

Para la realización de una eficaz purga de posguerra se promulgó la Ley de Responsabilidades Políticas el 9 de febrero de 1939. Eran condenados automáticamente por esta ley todos los miembros de partidos revolucionarios y de la izquierda liberal -no a miembros ordinarios de los

sindicatos- y cualquiera que hubiera participado en un Tribunal del Pueblo en la zona republicana. Pertenecer a una logia masónica también era motivo de castigo. De hecho, la Ley de Responsabilidades Políticas se complementó el 1 de marzo de 1940 con una nueva Ley para la Supresión de la Masonería y el Comunismo. Se consideraba que la masonería era el origen de la subversión espiritual y cultural de España y en general de la sociedad contemporánea y tanto Franco como algunos de sus colaboradores más directos tenían especial prevención hacia este sector.

Junto a ésta, el principal enemigo político era el comunismo, término que se aplicaba de forma general a toda la izquierda revolucionaria. La nueva Ley declaraba que "constituye figura de delito pertenecer a la masonería y al comunismo (incluyéndose ahí) troskistas, anarquistas o elementos similares".

En España además, se daba la circunstancia de que los artistas más famosos de la vanguardia - Picasso, por ejemplo- se relacionaban frecuentemente con este tipo de ideologías consideradas subversivas. Muchos se había exiliado durante la Guerra Civil o al final de la misma, vistos los resultados, y, aunque no se declarasen comunistas, se manifestaban partidarios de sistemas de gobierno más abiertos al modo de las democracias parlamentarias. Con esta valoración flotando en el ambiente, no se podía mantener una actitud de apertura hacia la pintura abstracta, de connotaciones ideológicas que podían resultar claramente "peligrosas" para la estabilidad del pensamiento y las buenas costumbres de la sociedad española.

El judaísmo en el régimen de Franco.

Se ha querido presentar el antisemitismo como otra de las características del Régimen español sin embargo, la relación entre el Régimen y los judíos presenta gran variedad de matices que definen, más que una actitud hostil hacia los judíos, una postura política de cierta simpatía y apoyo a un pueblo -si bien marcada por cierta fría prudencia hacia un Gobierno, el de Israel- al son de los acontecimientos internacionales.

En el terreno artístico saldría a relucir cierto despecho hacia lo hebreo, a raíz de las duras polémicas entre conservadores y aperturistas desencadenadas durante la I Bial Hispanoamericana. El diario *Madrid* en su editorial "La revancha de los chíbiris" del 9 de noviembre de 1951 se refería al arte abstracto en estos términos:

Esas exposiciones que enojan o desconciertan o hacen reír al público honesto, son, en realidad, la glorificación del "chibiri" internacional, la puerta abierta a la picaresca judaica de París, que hace ya años está fabricando una mercancía pseudoartística con la colaboración de una porción de tunantes capaces, por dinero, de inventar una teoría estética en torno a una alcantarilla, y de necios que, con tal de imaginarse a la moda, les secundan gratuitamente. En la tierra de Velázquez y de Goya y de tantos maestros en el arte de pintar, como el propio Sotomayor, y Bedito y Moisés y Segura, para no citar sino a unos pocos de los actuales, esas exhibiciones tienen de obsceno lo que aquellas orgías que la plebe triunfante celebraba en las mansiones señoriales ocupadas tras asesinar o ahuyentar a sus dueños".

En cualquier caso, las alusiones al mundo hebreo serían frecuentes en la prensa española estableciéndose una oposición entre la fidelidad a los valores espirituales de la tradición española y sus enemigos: toda manifestación de una estética abstracta y renovadora que como citábamos al principio, se califica de "judaizante, masónica y comunista".

La crítica se desarrollará de modo acorde con estos postulados ideológicos defendidos, no en vano era ejercida, inicialmente, por los mismos impulsores de las orientaciones de pensamiento y estéticas que se querían establecer. Se hace una fundamental sobrevaloración de la realidad contra los excesos sentimentales y subjetivos derivados de romanticismo y surrealismo; y de lo

humano -humanización del arte- frente a la excesiva racionalización de cubismos y constructivismos. Quedará por tanto, un arte cargado de los nuevos valores e ideas en lenguaje figurativo de corte clasicista en el que se admite cierta inclinación "expresivista", propia del carácter español, como una manifestación de lo netamente hispánico. Ésta es la postura fundamental desarrollada en la inmediata posguerra que daría como fruto un sector sólido y altamente conservador. Es un sector que, al producirse la "apertura" de los cincuenta hacia el arte abstracto, representará la más dura oposición al mismo entre artistas, representantes oficiales y críticos de arte.